

cimiento. El 9 de octubre, los nuevos agitadores en número de cinco regimientos de caballería, entre los que figuraba el mismo Cromwell, redactaron una difusa declaración de sus desconfianzas, principios y deseos bajo el título de : *Estado del ejército*. El 18 la presentaron oficialmente al general, y el 1.º de noviembre se dirigió á la nación entera en nombre de diez y seis regimientos un segundo folleto titulado : *Voto unánime del pueblo para establecer una pronta y sólida paz bajo las bases del derecho comun*.

Tanto en uno como en otro documento, los soldados acusaban á los oficiales de traición, y á la cámara de cohecho; exhortaban á sus camaradas á que se reuniesen á ellos, y pedían que el actual parlamento fuese inmediatamente disuelto; que en lo sucesivo ningún sujeto, ninguna corporación participase con la cámara del poder soberano; que esta fuese elegida cada dos años; que el derecho de sufragio fuese en iguales partes repartido en el territorio á razón de la población y contribuciones; que ningún miembro pudiese ser inmediatamente reelegido; ningún ciudadano preso por deudas, obligado al servicio militar, ó excluido de los empleos por su sola religión; que el pueblo nombrase sus magistrados en los condados; que las leyes civiles fuesen iguales para todos, reformadas y refundidas en un solo código; en fin, que ciertos derechos, sobre todo la libertad de conciencia, fuesen declarados inviolables y superiores á todo poder humano.

Suma fue la turbación de los jefes con esta explosión de ideas y esperanzas populares: muchos de ellos y los más sensatos, si bien que enemigos de la corte y los presbiterianos, miraban la dignidad real y la cámara alta, como tan poderosas, tan arraigadas en los hechos, leyes y costumbres, que comparada con ellas la república no les parecía sino una peligrosa quimera. Entre los mismos republicanos la mayor parte, aunque sinceros y atrevidos, estaban muy lejos de participar de los deseos de los soldados; los unos poderosos en las elecciones de su ciudad ó condado, temían que por un nuevo sistema perdiesen su preponderancia; los otros que habían comprado bienes eclesiásticos, veían con recelo indignarse el pueblo por haber sido adquiridos sus bienes á vil precio, y reclamar la nulidad de la venta; los jurisconsultos querían conservar su predominio y sus utilidades y todos rehusaban con apasionado interés la inmediata disolución de la cámara, y ver entregada su causa á la casualidad de una reelección. Chocaba por otra parte con su buen sentido la poca importancia social, la demencia mística y la altanera indisciplina

de los soldados reformadores. ¿Cómo se había de formar un gobierno contrario á realistas y presbiterianos, con una facción desorganizada, insensata, preparada para poner cada día en peligro la unión del ejército en que estrivaba su único apoyo? ¿Cómo atacar en nombre de imaginarios principios y oscuras sectas derechos tan antiguos y respetables? A pesar de esas contradicciones hallaron esos imaginarios principios cabida en casi todo el reino, y el bajo pueblo se lanzaba hácia ellos con singular ansiedad. Aquellas hermosas y confusas nociones de absoluta justicia, aquellos ardientes deseos de una dicha sin igual, frecuentemente removidos, y jamás extinguidos del corazón humano, estallaban por todas partes con ciega y furiosa confianza, y los mismos jefes que no los hubieran querido escuchar, no sabían que responder, porque en su interior participaban de los mismos deseos en nombre de los cuales se proclamaban aquellos principios.

Por esta razón fueron vacilantes sus primeros pasos. Las cámaras votaron que entrambos folletos eran un atentado contra el gobierno del reino, y que perseguirían á sus autores; pero al mismo tiempo, para complacer á los republicanos, declararon que el rey estaría obligado á adoptar cuanto quisiese el parlamento (6 noviembre.) El consejo general de oficiales, reunido en Putney, convocó á los principales agitadores, y un comisionado escogido de entre ellos tuvo orden de espresar sucintamente sus deseos. Efectivamente, sin dilación alguna llevó el comisionado un proyecto de proposiciones al parlamento, cuya mayor parte habían sido acogidas; pero hay que advertir que el nombre y prerogativas del rey tenían aun lugar entre ellas. Los agitadores gritaron; se les prometió que en el próximo consejo se trataría libremente si el poder real debía ó no subsistir. Llegó el día, salióse bruscamente Ireton del consejo, protestando que no volvería á entrar si aquellas eran las solas cuestiones que habían de agitarse. El debate se difirió hasta el lunes siguiente, 6 de noviembre; y ya sea para eludirlo todavía, ó ya porque se esperase más complacencia de los soldados reunidos, convinieron en que sería convocado el ejército á una reunión general, en la que podrían todos manifestar sus opiniones.

Cromwell, que lo había propuesto, conoció al momento el peligro del remedio. Cada nueva discusión aumentaba la desunión en el ejército; cuanto más se le consultaba, más desobedecía á sus jefes y más propendía á la anarquía. Para servirse de él y al mismo tiempo salvarle, era preciso y sin retardo restablecer la disciplina y realizar el poder. Un acontecimiento semejante exigía imperiosas circunstancias: era claro

que la mayor parte de los soldados, los mas activos á lo menos, los fanáticos, no querrian mas rey; que abandonarían y atacarian al mismo tiempo á cualquiera que se pusiese á su favor, y que quien dispondria por último de su fuerza y obediencia seria el que aceptara su deseo comun y se arrojará á ponerlo en ejecucion. Resolvióse Cromwell. Llegó el día del consejo, todo debate quedó paralizado; los oficiales superiores declararon que para guiar en buena inteligencia el ejército era preciso que todos los oficiales y agitadores volviesen á sus regimientos; que en vez de la reunion general, habria tres reuniones particulares en los campamentos de los principales cuerpos; que entre tanto suspenderia el consejo sus sesiones y dejaria tratar al general con el parlamento. Con todo, la situacion del rey en Hamptoncourt cambió repentinamente: sus consejeros, Richmond, Soutampton, Ormond, recibieron orden de alejarse; sus mas fieles servidores, Berkley y Ashburnham entre otros, le fueron retirados; doblarónse las guardias y ya no tuvo en sus paseos la misma libertad. De todas partes le venian siniestras noticias; decíase particularmente que los soldados tenian intencion de arrebatarlo á los oficiales; como estos lo habian arrebatado al parlamento. El mismo Cromwell escribió asustado al coronel Walley, sea que efectivamente temiese alguna tentativa de esta clase ó que se propusiese solamente asustar al rey, ó mas bien que hábil como siempre en armar asechanzas, quisiese engañarle aun sobre sus intenciones y darse aire de amigo.

Estos cambios, estas noticias, nuevas mortificaciones, mil rumores de traicion y de planes inauditos hasta de asesinato, tenian al infeliz Carlos en una ansiedad mas penosa cada dia; su imaginacion susceptible y viva, aunque grave, estaba turbada; una malísima alcoba alumbrada por una lámpara cuya luz se extinguia á las pocas horas, apenas le permitia tomar algun descanso: todo le servia de siniestro presagio, todo le parecia posible de tales enemigos, por mas que su orgullo rehusaba creer que á tanto se atreviesen. Se le habló de huir; esas eran tambien sus intenciones, pero ¿á dónde? ¿cómo? ¿con qué socorros? Los comisionados escoceses le ofrecian secundar su evasion: en una cazeria, Lauderdale le envió á decir que tenia dispuestos cincuenta caballos; y que si queria reunirse á ellos, marcharian con precipitacion hácia el Norte.

Las repentinas resoluciones admiraban al rey: ¿qué asilo, por otra parte le presentaba la Escocia que ya lo habia entregado una vez á sus enemigos y donde no tendria ningun medio de rehusar el yugo presbiteriano y el pacto? Se negó á ello. Por otra parte, se le dió el consejo de

embarcarse y retirarse á la isla de Jersey, en donde la facilidad de pasar al continente obligaria á sus enemigos á ser mas tratables. El contaba aun, despues de sus secretas promesas, con la buena voluntad de los oficiales; se lisonjeaba que su frialdad solo era forzosa y aparente; que en la próxima reunion impondrian silencio á los agitadores, restablecerian la disciplina, y volverian á abrir con él las negociaciones. No queria por consiguiente salir de Inglaterra hasta esta última prueba. Entre tanto la idea de la fuga se le hacia mas familiar y necesaria; se le dijo que un visionario aleman se habia presentado al consejo de los agitadores anunciándose como encargado de profetizar la voluntad del cielo; pero que á la sola palabra de reconciliarse con el rey no le quisieron escuchar.

De mil maneras y por todos estilos, Cromwell le insinuaba que era necesario huir. Alguno, no se sabe quien, habló al rey de la isla de Wight como de un conveniente y seguro asilo: tocaba con la tierra firme; la poblacion era realista y muy poco hacia que el coronel Hammond, sobrino de uno de los mas fieles capellanes del rey, habia sido nombrado gobernador de ella. Carlos prestó mas oidos á esta idea que á ninguna otra y tomó algunas señas, haciendo al propio tiempo algunos preparativos (1). Con todo aun dudaba, y buscaba por todas partes algun pretesto para decidirse. Un astrólogo, William Lilli, se habia hecho entonces famoso en Lóndres; era inclinado al partido popular, pero á nadie negaba sus predicciones y avisos. El rey encargó á una mujer mistris Whorewood que le consultara en su nombre á donde le convenia fugarse; y de mil libras esterlinas que le acababa de enviar el alderman Adams, perfecto realista, entregó quinientas por su mision á mistris Whorewood. Solemnemente interrogados los astros, Lilli respondió que el rey debia retirarse hácia el Este, en el condado de Essex, á veinte millas de Lóndres, y mistris Whorewood se apresuró á llevar á Hamptoncourt esta respuesta.

Carlos sin embargo no la habia esperado: el 9 de noviembre, una carta anónima escrita al parecer por un íntimo amigo, le acababa de advertir que el peligro se aceleraba; que la vispera en una nocturna reunion los agitadores habian resuelto deshacerse de él y que todo era de temer si no se ponía inmediatamente á seguro de un atentado. Otro avi-

(1) Esto resulta evidentemente de una relacion encontrada en la habitacion del rey en la isla de Wight, dirigida despues de la restauracion á Carlos II por John Bowring, quien era empleado entonces en los secretos manejos de Carlos I, aunque de linaje oscuro.

so le obligaba á desconfiar de la guardia que al otro día relevaría la del castillo. Herida su imaginación, decidióse Carlos al momento: el 11 de noviembre á las 9 de la noche, dejando sobre su mesa muchas cartas y seguido solo de un ayuda de cámara, William Legg, salió por una escalera escusada, ganó una puerta falsa que daba del parque al bosque, en donde Ashburnham y Berkley, que sabían su designio, se habían apostado con buenos caballos. Tomaron su camino hácia el Sudoeste; la noche era oscura y tempestuosa; solo el rey conocía los senderos del bosque, y guiaba á sus compañeros; se extraviaron, y al nacer el día percibieron la pequeña ciudad de Sutton, en el Hampshire, en donde por los cuidados de Ashburnham, les estaba preparado un relevo. En el albergue donde les esperaban había una reunión de parlamentarios deliberando sobre negocios del condado. Volvieron á marchar inmediatamente por el camino de Southamton, por la parte situada frente la isla de Wight; pero sin que el rey declarase espresamente á donde intentaba dirigirse. Al llegar á una pendiente de la montaña vecina á la ciudad, dijo el rey: «Echemos pié á tierra, y consultaremos lo que se ha de resolver.»

Se habló, según se dice, de un bajel que Ashburnham había preparado, y del que no sabían nada; después trataron de internarse en los condados del Oeste; donde Berkley le prometía la fidelidad de muchos amigos, y en fin de ir á la isla de Wight, el más conveniente partido que podía ofrecerse en tan crítica situación, y el que por otra parte según el camino que siguieron era el que se había propuesto el rey al partir. Pero el gobernador de este punto no sabía nada; y por consiguiente ¿se podía fiar en él sin garantía alguna? Convinieron en que Ashburnham y Berkley irían á la isla, sondearían las disposiciones de Hammond, le harían alguna confianza si le encontraban en buena disposición; y que el rey les iría á esperar á algunas leguas de allí, cerca de Tichfield, en un castillo que habitaba la madre de lord Southamton. Se separaron, y al otro día por la mañana los dos caballeros desembarcados en la isla se dirigieron inmediatamente al castillo de Carisbrooke, residencia del gobernador. Hammond no estaba en él, había ido á Newport, que es la principal ciudad de la isla, pero debía volver el mismo día.

Ashburnham y Berkley se pusieron en camino para encontrarle; pronto lo encontraron, y le informaron sin preámbulos del motivo de su venida. Empatideció Hammond al oírlos; dejó caer de la mano las riendas del caballo y todo estremecido les dijo: «Señores, señores, me habeis perdido, conduciendo al rey á esta isla; si todavía no está os ruego

que no le permitais venir; ¿qué haría yo, entre mis deberes hácia S. M. después de tanta confianza, y los que debo al ejército á quien sirvo?» Procuraron sosegarle, ya manifestando el inmenso favor que haría al rey, y las obligaciones que el mismo ejército había contraído con S. M.; ya asegurándole que si no pensaba como ellos, el rey estaba muy lejos de obligarle á que lo recibiese. Hammond se desconsolaba. Con todo, cuando los caballeros parecieron desconfiar á su vez, y estaban prontos á retirar su proposición, se demostró menos vacilante; les preguntó donde estaba el rey, si corría algún riesgo, y supo manifestar tanto interés, que los comisionados se confiaron á él enteramente.

La conversación duró de esta suerte mucho tiempo, llena por entrambas partes de turbación y astucia, temiendo igualmente unos y otros romper ú obligarse. Hammond pareció ceder por fin: «El rey, dijo, no tendrá que quejarse de mí; no se dirá que yo he burlado sus esperanzas; me portaré como hombre de honor; vamos juntos á su encuentro.» Asustado Berkley hubiera querido rehusar esta proposición; pero Ashburnham la aceptó, y marcharon inmediatamente, Hammond acompañado solo de un capitán llamado Basket. Una lancha los condujo en pocas horas á Tichfield, y á su llegada Ashburnham subió solo á ver al rey, dejando á Berkley, Hammond y Basket en el patio del castillo. Mientras se iba explicando: «Ah! John, John, gritó Carlos, tú me has perdido conduciendo aquí á este gobernador; ¿no ves que ya no puedo adelantar más?» En vano Ashburnham pretendió hacer valer las promesas de Hammond, los buenos sentimientos que había dado á conocer, su propia existencia, prueba de su sinceridad.

El rey desconsolado daba largos pasos por la sala, tan pronto con los brazos cruzados, ya con los brazos y ojos levantados al cielo con la expresión de la más dolorosa agonía. «Señor, le dijo en fin Ashburnham, también muy turbado á su vez: el coronel Hammond está aquí solo con otro hombre; nada hay más fácil que asegurarse de él.—¿Cómo pues, replicó el rey, intentas matarle? Quiéres que se diga que ha aventurado su vida por mí, y que yo le he privado de ella indignamente? No, no, es demasiado tarde para tomar ningún otro partido; es preciso someterse á la voluntad de Dios.» En el interin Hammond y Basket se impacientaban de tanto aguardar; Berkley hizo avisar de ello al rey: subieron. Carlos los recibió con un aire franco y resuelto; Hammond renovó sus promesas, más estensas y difusas, aunque siempre vagas y embarazadas.

El día empezaba á declinar cuando se embarcaron para la isla. Ya

se habia difundido la voz de que llegaba el rey, muchos habitantes volaron á su encuentro : al atravesar las calles de Newport, una mujer jóven se adelantó á él, y le entregó una rosa colorada, abierta á pesar del rigor de la estacion, orando en alta voz por su libertad. Sé le aseguró que la poblacion entera era de su partido; que en el mismo castillo de Carisbrooke solo habia de guarnicion doce soldados viejos en buena disposicion, y que siempre que quisiese podria facilmente evadirse de él. Los temores de Carlos se mitigaron poco á poco y al amanecer cuando desde las ventanas del castillo contempló el risueño espectáculo que le ofrecian mar y tierra, cuando respiró el aire de la mañana, cuando vió á Hammond manifestarle su respeto, y le prometió la entera libertad de pasearse á caballo por toda la isla, de guardar sus criados y recibir á quien le acomodase, se tranquilizó su alma : «Sobre todo, dijo á Ashburnham, este gobernador es muy cortés, aquí estoy al abrigo de los agitadores; y segun creo solo tendré que aplaudirme de mi resolucion.»

LIBRO OCTAVO.

Reunion de Ware.—Cromwell reprime á los agitadores y se reconcilia con ellos.—El parlamento dirige al rey cuatro bills, condiciones preliminares de la paz.—El rey los rehusa y negocia secretamente con los escoceses.—El parlamento decreta no volver á tener relaciones con el rey.—Descontento general y reaccion en favor de Carlos.—Embarazosa situacion de los independientes y de Cromwell.—Explosion de la segunda guerra civil.—Campana de Fairfax en el Este y en los alrededores de Lóndres, de Cromwell en el Oeste y de Lambert en el Norte.—Sitio de Colchester.—Los escoceses entran en Inglaterra.—Cromwell les sale al encuentro.—Batallas de Preston, Wigan y Warrington.—Cromwell en Escocia.—Los presbiterianos recobran su ascendiente en Lóndres.—El parlamento renueva sus negociaciones con el rey.—Tratados de Newport.—Vicisitudes en el estado.—El ejército hace arrebatar al rey de la isla de Wight.—Es conducido al castillo de Hurst, y despues á Windsor.—Ultimo esfuerzo de los presbiterianos en su favor.—El ejército marcha sobre Lóndres.—Espurgo de la cámara de los diputados del pueblo.—Proceso y muerte del rey.—Queda abolida la dignidad réal.

(1647. - 1649.)

Los comisarios del parlamento y los oficiales de la guarnicion de Hamptoncourt esperaban que fuese el rey á cenar á la hora acostumbrada : admirados de no verle, entraron en su aposento, y solo encontraron tres cartas de su mano, dirigidas una á lord Montague, presidente de la comision, la otra al coronel Whalley, y la tercera al presidente de la cámara de los lores. En esta el rey daba por motivo de su fuga las maquinaciones de los agitadores, y su derecho de vivir libre y con seguridad como otro cualquier ciudadano. El solo objeto de las otras dos era manifestar á Montague y Whalley lo satisfecho que se hallaba de su comportamiento, y decirles lo que debian hacer de sus caballos, perros, cuadros y pequeños muebles que habia dejado en su aposento. Nada hablaba en ellas del camino que pensaba seguir, ni lugar de su retiro.

Grande turbacion causó en Westminster esta noticia, y tanto mas, cuanto al momento de recibirla de Hamptoncourt, llegó tambien una carta de Windsor, escrita á media noche por Cromwell, que se apresuraba igualmente á anunciarlo. El fue quien lo supo primero que las cámaras,